EL PEQUEÑO BAÚL
DE LOS
CUENTOS DE
GRIMM

RAPUNZEL

LA HILANDERA

EL SASTRECILLO

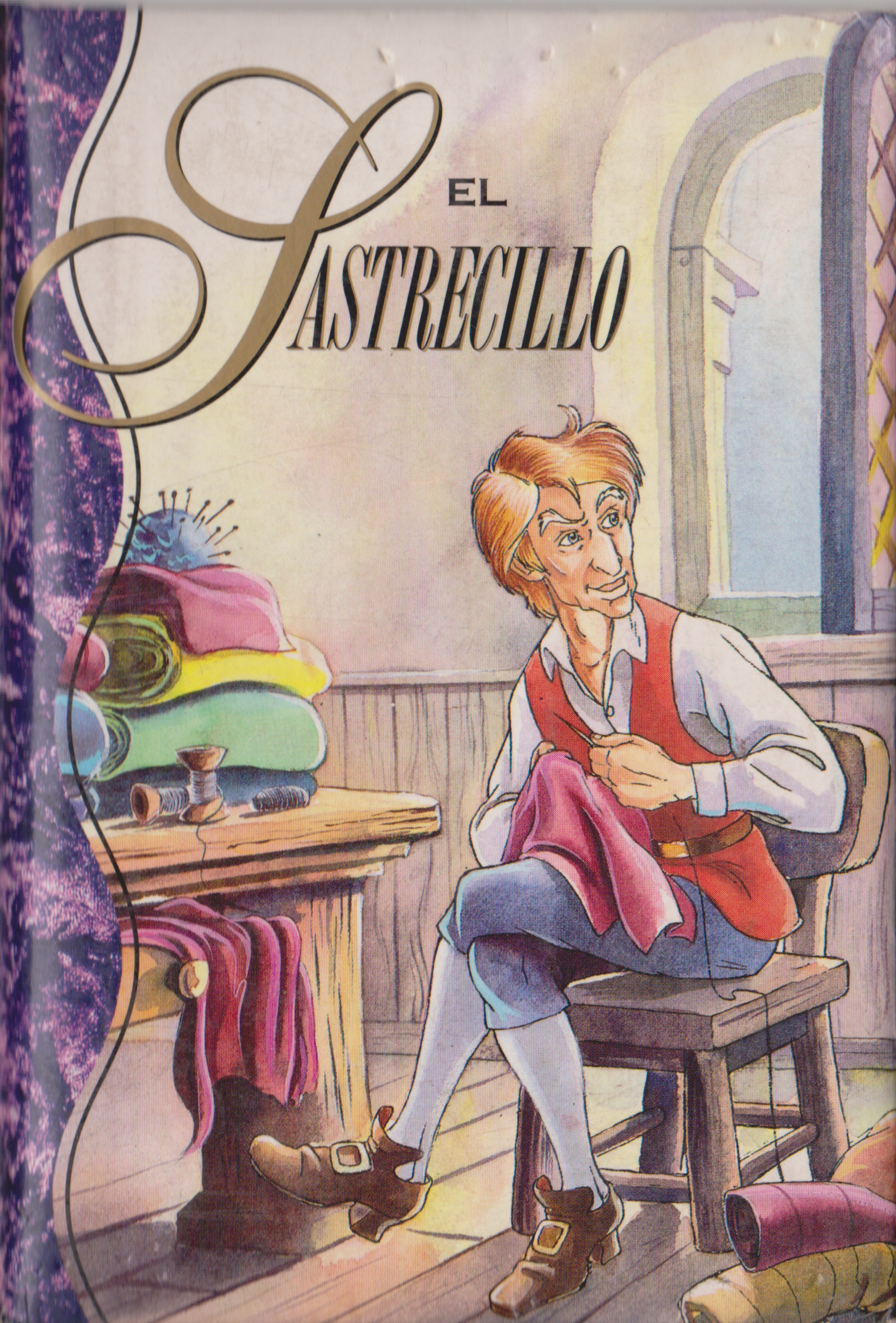
EL PRÍNCIPE RANA

BLANCA NIEVES

Impreso en China

EL SASTRECILLO

TORMONT! INTERNATIONAL LIMITED





Diseño gráfico e ilustraciones: Zapp
Texto en español: Herenia Antillón Almazán

Rm. 1101, Tai Yau Building,
181 Johnston Road, Wanchai, Hong Kong
Tel. (852) 8340313
Fax (852) 8340309

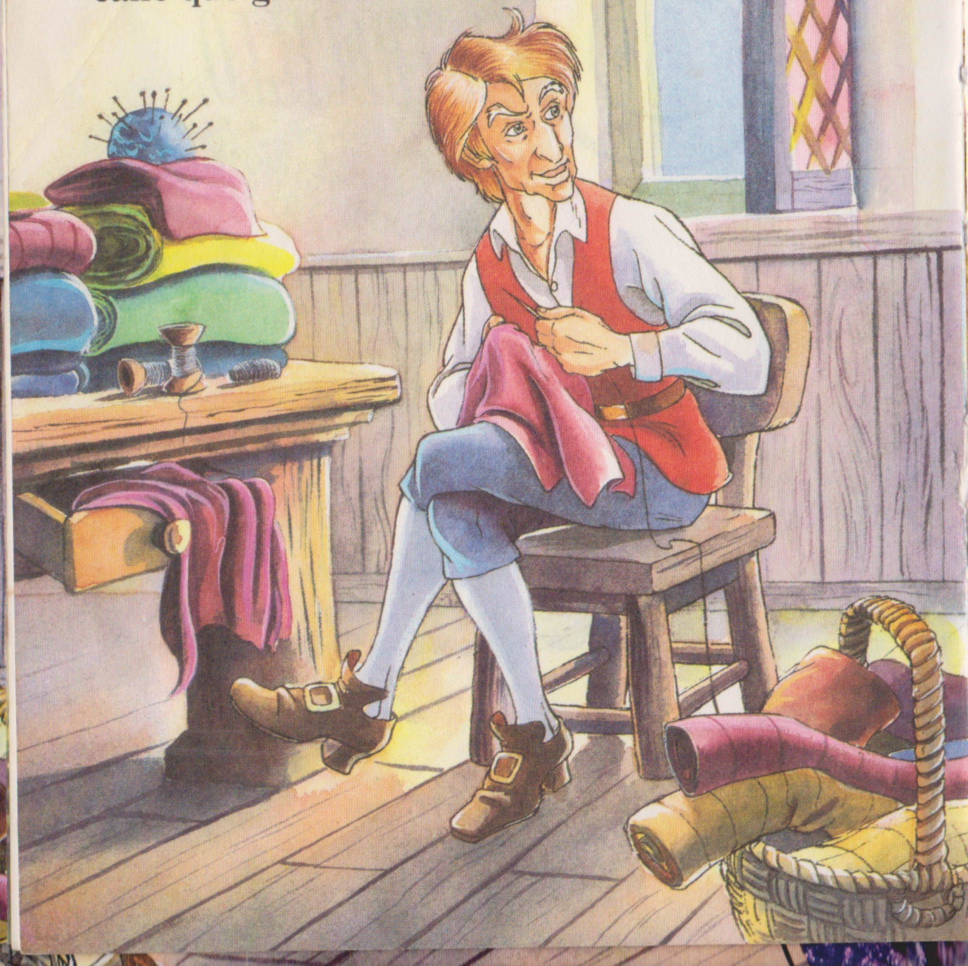
Impreso en China

José Contreras Contreras

EL SASTRECILLO

TORMONT
INTERNATIONAL LIMITED

Había una vez un sastrecillo que estaba sentado en su taller, cosiendo, cuando oyó la voz de una mujer en la calle que gritaba:



—¡Mermeladas!

El sastre sacó la cabeza por la ventana y le gritó:

—Aquí arriba, buena mujer. Te compraré mermelada.



La mujer subió las escaleras con su pesada canasta hasta el tercer piso, donde se encontraba la habitación del sastre y sacó todas sus mermeladas y jaleas.

El sastre abrió todos los frascos oliendo cada una de ellas. Finalmente le dijo:

—Te compraré tres cucharadas de ésta.

La mujer se sintió muy decepcionada de vender una cantidad tan pequeña, pero la midió y se fue.

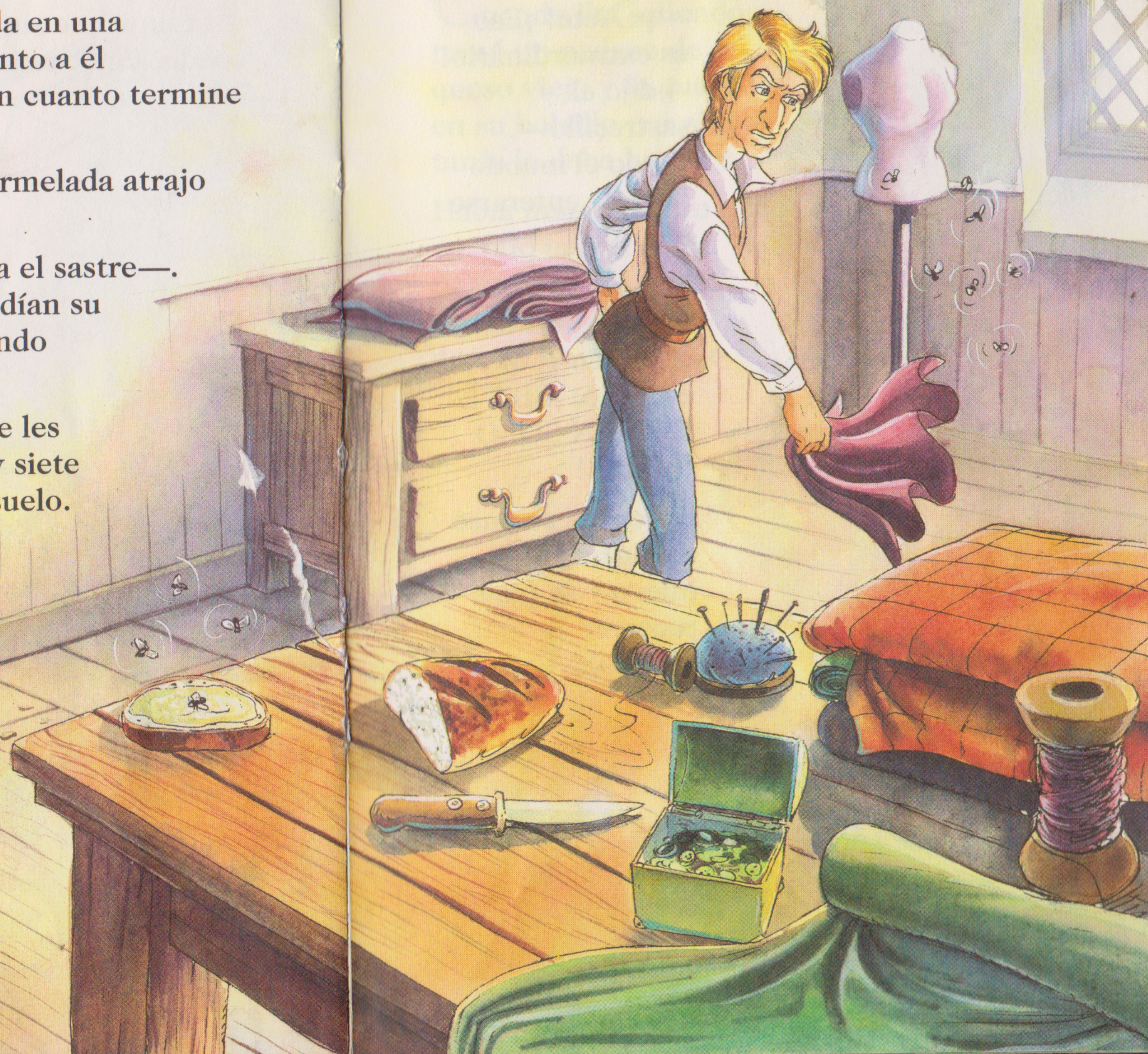


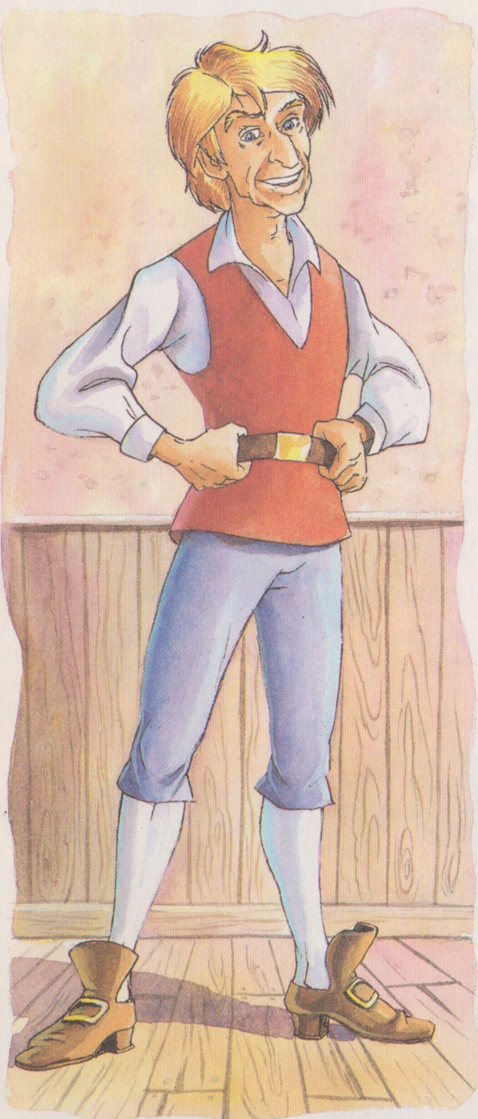
El sastre untó la mermelada en una rebanada de pan y lo puso junto a él diciéndose: “Me lo comeré en cuanto termine esta camisa”.

Muy pronto, el olor de la mermelada atrajo muchas moscas.

—¡Váyanse de aquí!—gritaba el sastre—. Pero las moscas no comprendían su lenguaje y seguían revoloteando alrededor de la mermelada.

Finalmente, el enojado sastre les pegó con un pedazo de tela y siete moscas cayeron muertas al suelo.





—¡Siete! ¡Eso es extraordinario! —dijo el sastrecillo—. ¡Todo el mundo debería enterarse de esto!

Así que se hizo un cinturón de cuero en el que escribió: ¡SIETE CON UN SOLO GOLPE!

Entonces se puso su cinturón nuevo y se fue a recorrer el mundo.

Cuando iba saliendo, tomó un pedazo de queso viejo y lo guardó en su bolsillo por si más tarde le daba hambre.

Había marchado un poco cuando encontró un pajarito y, sin razón especial, también lo guardó en su bolsillo.



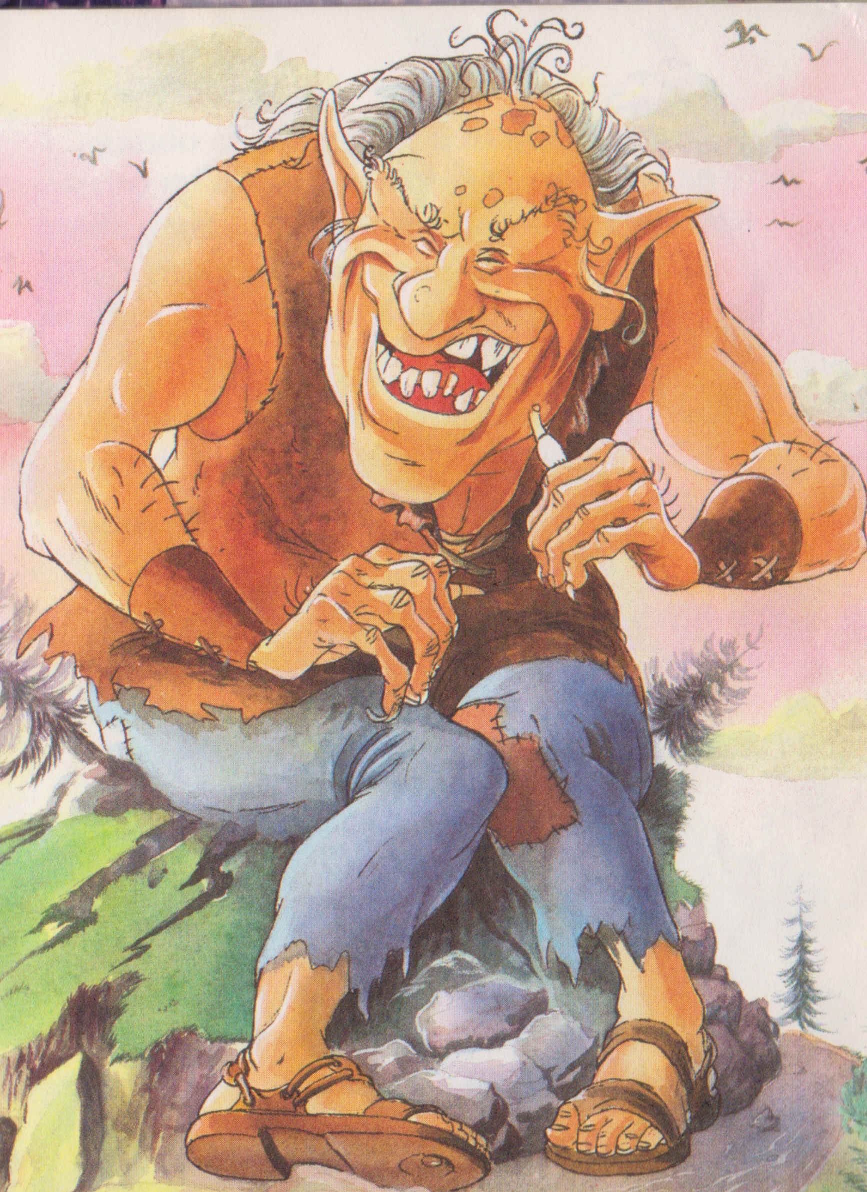
Una vez fuera del pueblo se encontró con un gigante aterrador.

—¡Hola! —dijo el sastre— voy a buscar fortuna en el amplio mundo. ¿Quieres venir conmigo?

—¡No seas tonto, debilucho! —le respondió el gigante riendo.

—¡Mira mi cinturón, para que sepas que clase de hombre soy! —dijo el sastre muy molesto.





Cuando el gigante leyó lo que estaba escrito en el cinturón, pensó que el sastre había matado a siete hombres. Pero le era difícil creer que un hombre tan pequeño pudiera ser tan fuerte, así que decidió probarlo.

El gigante tomó una enorme piedra y la exprimió hasta sacarle agua.

—Apuesto a que no puedes hacer eso —le dijo.

El sastrecillo sacó el queso de su bolsillo y lo apretó en su mano hasta escurrirle un poco de suero.

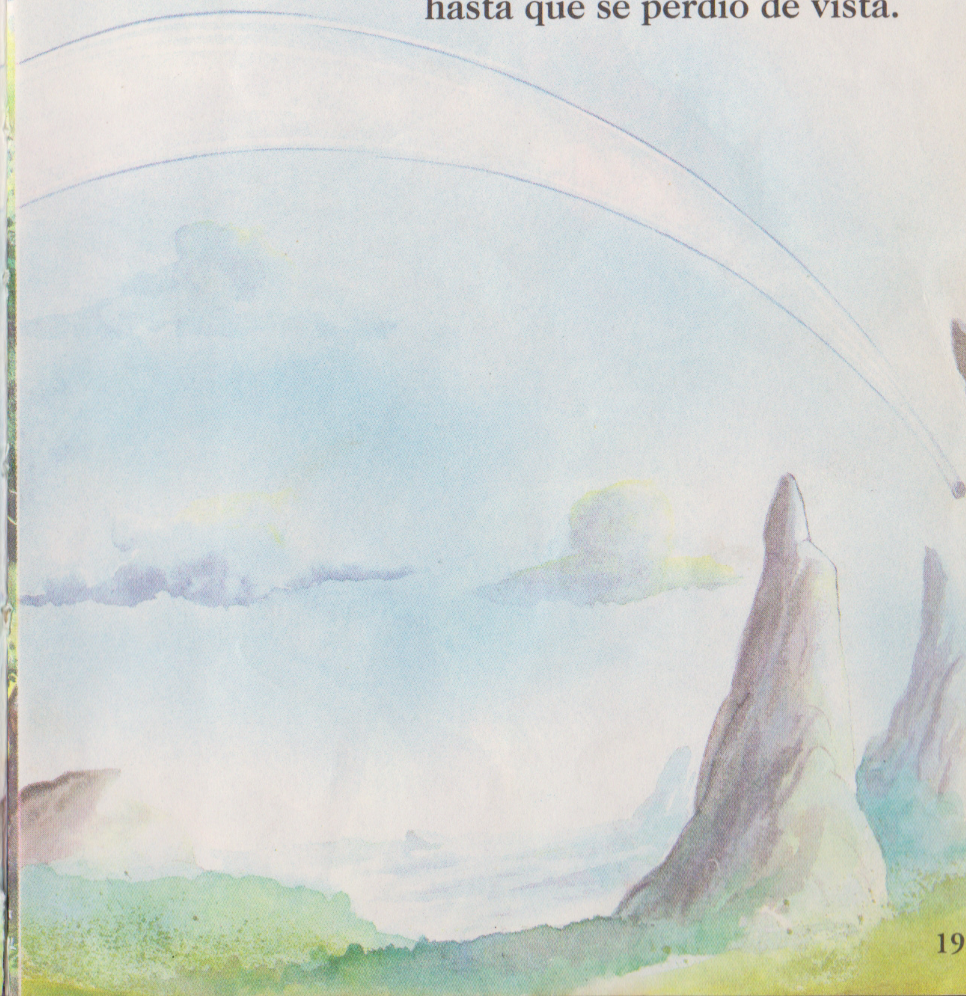


El gigante no quedó convencido, así que lanzó una roca lo más lejos que pudo.

—¡Veamos si puedes hacerlo mejor! —le dijo.

—No está mal —repuso el sastre— pero me di cuenta de que cayó de nuevo al suelo.

Entonces sacó el pajarito de su bolsillo y lo lanzó al aire. Al sentirse libre de nuevo, voló hasta que se perdió de vista.



—Bien, si eres tan fuerte, ayúdame a llevar este árbol —dijo el gigante señalando un enorme roble.

—Con gusto —dijo el sastre— llévate el tronco y yo llevaré la parte más gruesa que sin duda pesa más.

Como el gigante caminaba al frente, no pudo ver que el sastre viajaba sentado en las ramas.



Después de un rato, el gigante dijo:

—Estoy muy cansado. Voy a descansar un poco.

Rápidamente, el sastre bajó y tomó las ramas para que pareciera que todo el tiempo había estado cargando el árbol.

—Me parece que no eres tan fuerte como creías —dijo al gigante.

Siguieron caminando hasta que llegaron a un cerezo cubierto de frutas.

Las mejores cerezas estaban en la parte alta de la copa, así que el gigante inclinó el árbol para que el sastre las cortara.

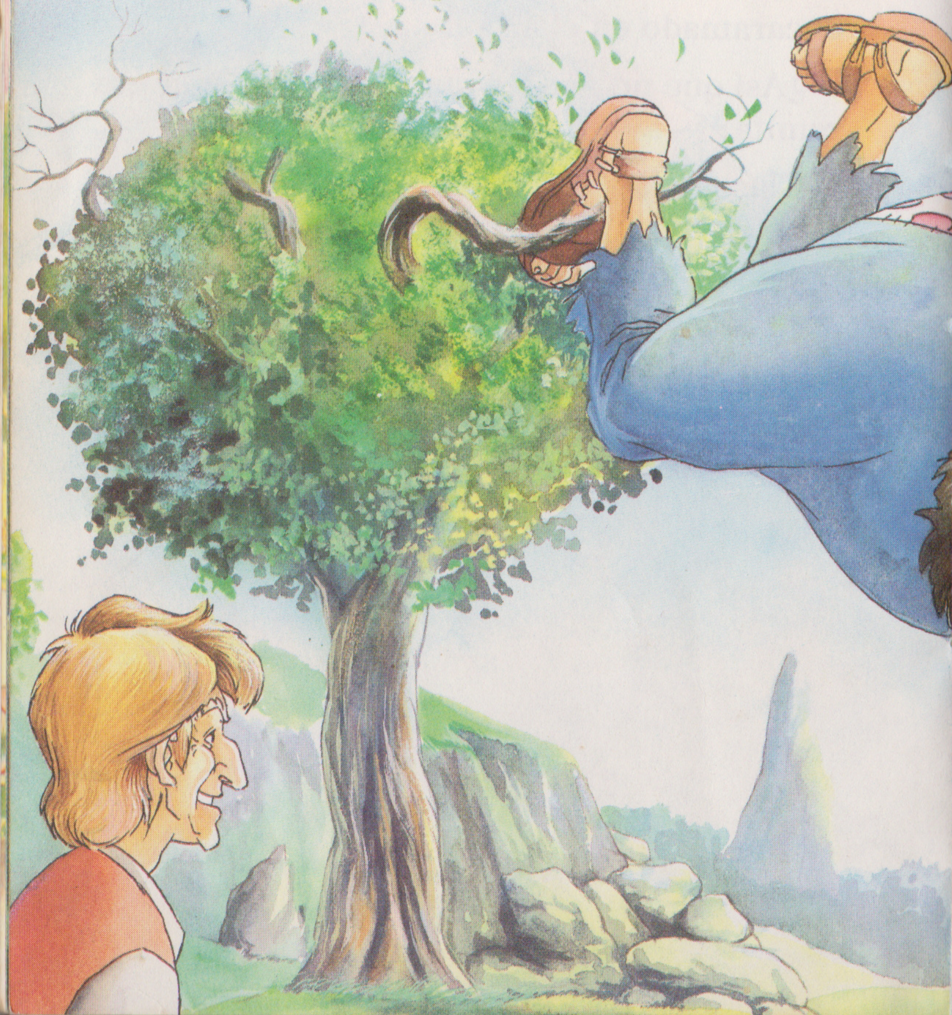
Pero cuando el sastrecillo asió la rama más alta, el árbol se enderezó dejándolo encaramado en el árbol.

—¿Así que no puedes tan siquiera sujetar esa ramita? —le preguntó el gigante.

—Claro que puedo —le contestó el sastre— salté a propósito sobre el árbol. A ver si tu puedes hacer lo mismo.



El gigante trató de saltar sobre el árbol, pero su pie se atoró en las ramas y cayó de bruces desmayado.



Justo en ese momento, el rey y su séquito pasaban por allí.

—¿Qué es esto? —preguntó el rey.

—Nada de importancia, Señor, acabo de capturar a este gigante.

Como el gigante había causado muchos daños en la región, el rey recompensó al sastre con una bolsa de oro.







Muy pronto, todos los habitantes de la región se enteraron de la hazaña del sastrecillo que había capturado al gigante.



Y fue así como el sastrecillo encontró fama y fortuna y vivió feliz para siempre.